

Pasión y renuncia

-La estructura romántica en *Las afinidades electivas* de Goethe-

*“Las grandes pasiones son enfermedades sin esperanza.
Lo que podría curarlas, las haría en verdad peligrosas”*

Johann Wolfgang Von Goethe

Introducción

Cuando nos planteamos hacer un trabajo que ejemplificara la estructura romántica explicada por Petre¹, enseguida nos vino a la cabeza *“Las afinidades electivas”*² de Goethe. Es, sin duda, una obra brillante que ejemplifica, como ninguna, la novela romántica y sus principales características. Escrita en 1809, inicia la fase de madurez del escritor alemán, poniendo énfasis en los conflictos morales de la época, los problemas matrimoniales y, cómo no, las pasiones que determinan nuestros actos. Todo ello, basándose en la ley de la química que afecta a las personas como si de elementos se tratara.

La novela tiene dos personajes principales, la pareja formada por Eduard y Charlotte (elementos A y B) que se verán influidos y alterados por la llegada a primer plano de los personajes de El Capitán y Otilie (elementos C y D).

Charlotte es el ejemplo de la mujer razonable que, constantemente, induce a la reflexión y que mide todos sus comportamientos. Se trata de una mujer madura, serena y con gran instinto para predecir las relaciones humanas. Está casada con Eduard (su amor de juventud) en segundas nupcias. Ella se cuida a la perfección de la casa y de sus gastos, así como de vigilar que haya siempre armonía y paz en la vivienda. Es el símbolo de la resignación del presente que le toca vivir. Es protectora y tolerante.

Eduard es un hombre infantil y egoísta. No tiene apenas fuerza de voluntad ni valor. Se obsesiona, en su juventud, con conseguir a Charlotte y, más tarde, se enamora apasionadamente de la joven Otilie y no cesa hasta que se considera correspondido.

El Capitán (que hace de elemento C) es un viejo amigo de Eduard que llega a la casa (donde transcurre la mayor parte de la novela) por la

¹PRETE, Antonio. *“La pasión de amor y la escritura romántica”*, a Silvia Vegetti (comp), *“Historia de las pasiones”*, 203-234.

² VON GOETHE, Johann Wolfgang. *Las afinidades electivas*. Ed. Cátedra. Madrid, 2000.

insistencia de éste. Como Charlotte, y al contrario de Eduard, es reflexivo y no se deja llevar por sus impulsos. Es equilibrado y, a la vez, resignado con las circunstancias que reinan cada momento.

Otilie es el elemento que desequilibra la novela (el elemento D). Es la hija adoptiva de Charlotte, y estudia junto a la hija natural de ésta, Lucine, en un internado. Es frágil, servicial y comedida. Lenta en su aprendizaje, carece de talento y no expresa sus sentimientos casi nunca (por ello, Goethe recurrirá en la novela a los diálogos secretos de ella, para que el lector la conozca mejor). Llega a la casa al mismo tiempo que El Capitán, para ayudar a su tía en los trabajos del hogar. La pasión que surge entre ella y Eduard hace que los personajes comiencen un baile repleto de pasión y renuncia.

La novela está repleta de símbolos y presagios que la hacen absolutamente moderna. Crisantemos que anuncian muerte, el niño que se está apunto de ahogar en el cumpleaños de Otilie y es salvado por el Capitán. La copa de juventud de Eduard con las iniciales E-O que cae y no se rompe y que le hace creer que el destino le tiene preparado una feliz historia de amor con Otilie, la niña que Lucine obliga salir a bailar después de haber estado, voluntariamente, mucho tiempo sola y que sufre una especie de crisis de ansiedad al sentirse observada por todos...Ése retiro a la soledad y muchas otros sucesos que pasan a lo largo de la novela nos van avisando de las tragedias finales, las que tiene preparado el destino para el que no hace caso de la moral de época, al que le ciega la pasión, al que no es capaz de renunciar. Al que, en definitiva, se convierte en desgraciado en un intento de dejar de serlo.

El objeto de deseo como plenitud y totalidad

El amor romántico anhela la totalidad. Es una búsqueda de plenitud del Yo, una búsqueda de la propia libertad en el Otro. Por eso, el romántico es siempre desdichado, porque esa totalidad quiere verse reflejada en una eternidad a la que el ser humano, por su naturaleza, no puede acceder. De aquí que entre los ideales románticos y sus obsesiones aparezca el suicidio. No es una idealización como muchas veces se ha dicho. Es el sentimiento trágico de la belleza (sólo hace falta imaginarse a la frágil Ottilie en su caja transparente). Si Werther se suicida por y hace que decenas de jóvenes de la época, aspirantes a románticos, acaben a haciendo lo mismo con su vida real, Ottilie se deja morir. También es una especie de suicidio, más lento, más dolorosa aún. Es un dejarse morir por no tener la totalidad de su amado, porque esa totalidad y plenitud se ha perdido con la muerte, en sus manos, del hijo de Charlotte. Es dejar de sonreír a la vida por el sentimiento de culpa, es renunciar, también, a la pasión que condena la moral epocal.

Es reivindicación del Yo a través del Otro es presente, constantemente, en la novela. La melancolía por no poseer al amado plenamente da a la obra un carácter trágico y angustioso al mismo tiempo. El dilema entre hacer lo debido y hacer lo querido marca los pensamientos y acciones de los personajes. Pasión y renuncia han comenzado la batalla.

*“-En todos los seres de la naturaleza notamos,
en primer lugar, que están en cierta relación consigo mismos.
Ciertamente, resulta extraño decir algo que se entiende por sí solo,
Pero sólo justo después de haberse puesto plenamente de acuerdo sobre
lo conocido se puede avanzar de forma conjunta hacia lo desconocido”³*

³ Ídem. Pág. 109.

En esta cita, que corresponde a una explicación que hace el Capitán a Eduard, Goethe comienza a desplegar el concepto *Verwandtschaften* (“afinidades”), que servirá de base filosófica-científica a la novela y que dará título a la obra. En el discurso del Capitán, éste defiende que sólo se puede entender lo ajeno, al haber entendido aquello con lo que eres afín.

Seguidamente, podemos observar una cita donde Eduard está ya absolutamente enamorado, donde se encuentra ya absolutamente satisfecho con lo que el amor le ofrece. Está encontrando, de alguna forma, su totalidad:

“-¡Basta con amar solamente a una persona desde lo más profundo para que todos los demás te parezcan amables!”⁴

Esa plenitud que siente Eduard se convierte pronto en necesidad. Es una especie de adicción que la pasión le relama en todo momento. Ya no hay nada más, uno ya no puede ser libre sin la presencia de su amada, porque uno ya no es uno sin su amor, es un ser mutilado:

“La necesidad de estar junto a Otilie, de verla, de susurrarle algo al oído y de hacerle alguna confidencia, era cada día más imperiosa.”⁵

Eduard sufre con lo que puede devenir su relación con Otilie. Quiere el divorcio amistoso con Charlotte, incluso quiere que el Capitán esté con la que aún es su esposa (a pesar de que ellos son capaces de resignarse). El sufrimiento es el mismo del que le acaban de quitar un miembro de su cuerpo y no sabe si se lo devolverán. Eduard sin Otilie, no puede ser el mismo Eduard de después de conocerla y enamorarse:

“Así transcurrían sus días en un eterno vaivén entre la esperanza y el sufrimiento, entre las

⁴ Ídem. Pág. 166.

⁵ Ídem. Pág. 173.

*lágrimas y la serenidad, entre planes,
preparativos y desesperación*⁶

En uno de los diarios de Otilie podemos ver su sufrimiento. Ella apunta, como si de otro se tratara, reflexiones que está experimentando en carne propia. A Otilie no se le puede tratar de inmoral. En todo caso, es amoral, porque siempre actúa desde la inocencia de quién comienza a descubrir la pasión. Una pasión absolutamente sublime e intensa:

*“Una vida sin amor, sin la proximidad del amado,
es sólo una comédie à trois, una mala pieza de cajones.
Se saca uno tras otro y se vuelve a meter para pasa
enseguida al siguiente.”*

Sin el amor, por tanto, no hay plenitud. La vida ya no tiene el mismo sentido. Otilie lo ha descubierto y la ausencia de Eduard hace que vuelva a la mediocridad con la que se nos ha presentado al comienzo de la novela, cuando en el internado no destacaba en nada y era lenta aprendiendo. Con Eduard, se animaba a tocar su instrumento de cuerda, a escribir...

Eduard se ha marchado a la guerra porque en la casa ya no puede estar. Necesita un todo o nada. El todo, Otilie, es su meta a seguir:

*“Me iré y buscaré la muerte, no como un loco,
sino como alguien que espera vivir. Otilie será el premio
por el que luche; será ella a quien espero ganar y conquistar
detrás de cualquier ataque enemigo, en cada trinchera...”*⁸

La novela avanza. Otto, el niño que ha tenido Charlotte de Eduard mientras este estaba en la guerra ha muerto por un despiste de Otilie. Ahora ella está tan dolida que echa la culpa de todo a la pasión que ha tenido por Eduard. Es, de algún modo, un encuentro con la moralidad de la sociedad

⁶ Ídem. Pág. 199.

⁷ Ídem. Pág. 280.

⁸ Ídem. Pág. 302.

burguesa. Es, por último, la partida que ha ganado el sentimiento de culpa a la inocencia que ha ido dejando atrás. La moralidad le persigue:

*“He hecho casualmente y guiada por mis sentimientos un riguroso voto monástico que puede, tal vez, atemorizar y resultar incómodo a quien lo pronuncie premeditadamente... No me apremiéis a que hable, a que coma y beba más de lo Estrictamente necesario.”*⁹

Se trata del principio del abandono de Otilie a la soledad. Quien no se había resignado y había apostado por la pasión ahora no puede afrontar sus consecuencias. Un abandono que le llevará a la muerte antes de morir, le pide a Eduard que él sí que viva. Y Eduard lo intenta hasta que la tristeza, que le impide comer y beber, también se lo lleve a él.

El aspecto científico con el que Goethe impregna la novela también es importante para la necesidad del Otro en el Yo. Los personajes se complementan a la perfección, cada uno es parte de su complemento. Un buen ejemplo de ello se puede ver cuando los personajes tocan sus instrumentos musicales. Los complementarios fabrican una misma melodía:

*“El Comandante acompañaba con su violín a Charlotte cuando ésta tocaba el piano, lo mismo que Eduard con su flauta lo hacía con Otilie y su instrumento de cuerda.”*¹⁰

La melancolía, por tanto, es la expresión trágica en que toda pasión concluye. El Yo se libera con su Otro, que lo complementa como parte de sí. Pero la eternidad que exigen a dicha pasión es imposible, por la intensidad de la misma y, sobre todo, por la naturaleza del ser humano.

⁹ Ídem. Pág. 335.

¹⁰ Ídem. Pág. 338.

Exaltación del deseo

El impulso, la fascinación por la amada, es la exaltación que todo romántico padece y disfruta, a la vez. Sus cabellos, su cara angelical, la dulzura...todo es admirable. Es un descubrir. Parece que todo esté irradiado de una luz que lleve al camino del amor.

En la novela podemos observar innumerables signos de admiración de los amados. Otilie guarda las cartas de Eduard y un trozo de su cabello. Eduard está obsesionado con la copa en la que se pueden leer las iniciales de los dos personajes y que ha parecido presagiar el estallido de la pasión.

“ Un amigo mío, conocido por su buen humor, principalmente a la hora de hacer proyectos para nuevas leyes, sostenía que todo matrimonio debía concertarse para cinco años: << Éste es-decía-un número bonito, impar y sagrado, y un espacio de tiempo suficiente para conocerse, tener algunos hijos, separarse y, lo que es más hermoso todavía, para reconciliarse>>. ”¹¹

Este comentario, hecho por el Conde (personaje que va a ver a Eduard y Charlotte en varias ocasiones a la casa), refleja a la perfección la necesidad de romper la monotonía. Seguramente, por esa monotonía del matrimonio surge la admiración por una amada fuera de él. Una admiración que, de alguna manera, salva a quien la padece. Le da la libertad que le ha ido quitando, poco a poco, la costumbre, el hacer diario, el olvidarse de la belleza absoluta y rotunda.

No son pocos, por lo tanto, que Eduard aparece en estado de excitación durante la novela. En muchas ocasiones, es ayudado por el vino:

“ Eduard, excitado por el vino y la esperanza, bromeaba con Otilie en una ventana... ”¹²

¹¹ Ídem. Pág. 151.

Toda exaltación del deseo romántico lleva a un proceso de cristalización de la esperanza que estudiaremos en el siguiente punto de este trabajo. Pero lo que tratamos aquí es de ese deseo de placer que es irresistible, que los personajes padecen irremediablemente y que sólo Charlotte y el Capitán son capaces de rechazar para pasar a la resignación. Resignación que Eduard y Ottilie no pueden, ni siquiera, plantearse:

*“A La tenue luz de la lamparilla la inclinación
íntima y la fantasía impusieron sus derechos sobre la realidad.
Eduard tenía solo a Ottilie en sus brazos; el Capitán se cernía,
Acercándose o alejándose, ante el alma de Charlotte.
De este modo se entrelazaban maravillosamente y
Deliciosamente con deleite lo ausente y lo presente.”¹³*

Se trata, pues, de un deseo de placer al que la racionalidad se deberá enfrentar. Incluso el Capitán, es desbordado en una ocasión por el deseo y besa a Charlotte. Le pide perdón y acuerdan en que éste abandone la casa para comenzar a resignarse. ¿ La razón ha ganado a la pasión? Para la moral de la burguesía de la época, sí. Para los románticos convencidos, el Capitán sólo podía superar sus deseos cayendo en la tentación. E aquí el dilema entre contención o dejarse caer en un abismo seguro, un abismo que no se podrá controlar.

Al abismo se deja caer Eduard que se le presenta al lector como un enfermo de pasión. Su carácter un tanto infantil se agudiza y el egoísmo cada vez le hace más daño. Necesita a Ottilie porque se necesita a él mismo:

*“El sorprendente suceso de esta noche nos aúna más deprisa.
¡Eres mía! Te lo he dicho y jurado ya tantas veces!, pero
no vamos a decirlo ni jurarlo ya más, ¡ahora será realidad!”¹⁴*

¹² Ídem. Pág. 158.

¹³ Ídem. Pág. 163.

¹⁴ Ídem. Pág.182.

Tal vez ése sea el problema real de Eduard. No puede aceptar la exaltación del deseo como simple exaltación de la pasión. Quiere, necesita, busca con desesperación que el deseo se convierta en realidad.

Proceso de cristalización

Para que toda pasión sea tan profunda e intensa como una pasión romántica tiene que pasar, como mínimo, cuatro fases. En primer lugar, encontramos la admiración por la amada. El ve a la amada como algo extraordinario que llama la atención del amado. Todos sus actos son observados y admirados como si de prodigios se trataran. En segundo lugar, aparece el deseo de placer. Un deseo intenso, fuerte, que la razón quiere combatir pero que el corazón no está dispuesto a olvidar. Es la fase más física del procedimiento. En tercer lugar, existe una construcción de esperanza por ambos lados. Se ve el amor, la pasión, como algo realizable, como algo posible e un futuro no muy lejano. Por último, hay una explosión de la esperanza donde ésta entra en lucha el elemento trágico que impone toda concepción romántica. La esperanza se convierte, en muchas ocasiones, en una obsesión. No se puede admitir que el amor no pueda ser plausible.

Eduard padece muy tempranamente la admiración por Otilie:

“Eduard iba delante, y cuando alzaba la vista y veía a Otilie seguirle ágil, sin miedo y pavor, saltando de piedra en piedra en hermoso equilibrio, creyó ver un ser celestial cerniéndose sobre su cabeza.”¹⁵

“...y si en algún lugar difícil, se agarraba insegura a la mano extendida de Eduard, o se apoyaba sobre su hombro, entonces no le cabía la menor duda de que el que lo rozaba era el ser femenino más delicado de la tierra.”¹⁶

E aquí los ideales admirables de todo romántico: la fragilidad, la hermosura de la juventud, etc... Otilie que es vista en el internado como una chica mediocre y poco inteligente, a la sombra siempre de Lucine (la hija

¹⁵ Ídem. Pág. 131.

¹⁶ Ídem. Pág. 131.

natural de Charlotte), se siente absolutamente adorada por el que es el marido de su tía:

“Eran quizás las dos manos más hermosas que jamás se habían entrelazado. A él le pareció como si un peso se le hubiera caído del corazón, como si se hubiera derrumbado un muro entre Otilie y él.”¹⁷

Por otro lado, el Capitán comienza a sentir admiración por la mujer de su antiguo amigo:

“El Capitán ya empezaba a sentir que una costumbre irresistible amenazaba con encadenarle a Charlotte.”¹⁸

Un encadenamiento que, como ya hemos dicho, tenía como futuro la resignación a aceptar que era la mujer de su amigo y que la moral de la época y las circunstancias no eran las apropiadas para dejarse llevar por ningún tipo de pasión. Sin embargo, el deseo de placer de Eduard no era contenido y cada vez crecía:

“... A través de las tinieblas, reconcentrándose en sí mismo, veíala sentada escribiendo; creía acercarse a ella y ver cómo se volvía hacia él, sentía una irresistible necesidad de estar de nuevo a su lado.”¹⁹

Pero Eduard no se queda con el deseo de placer, ni siquiera aspira únicamente a consumir ese placer. Va mucho más allá. Está construyendo la esperanza de un amor futuro y posible:

“Ya no hay medida alguna ni en los sentimientos ni en los actos de Eduard, La conciencia de amar y ser amado lo impulsaban hacia lo infinito.”²⁰

¹⁷ Pág. 132.

¹⁸ Pág. 138.

¹⁹ Ídem. Pág. 161.

²⁰ Pág. 171.

Una esperanza que no se ve frustrada, en primer momento. Al contrario, Otilie se abre a la pasión, y hace que la construcción de esperanza cada vez sea más creíble, y, por tanto, más peligrosa:

“ Otilie, guiada por el sentimiento de inocencia hacia el camino de la tan anhelada felicidad, vive sólo para Eduard. Fortalecida por su amor, se siente más alegre en todo cuanto hace, mucho más abierta con los demás, se encuentra como en el paraíso terrenal.”²¹

Cuando la novela ha avanzado lo suficiente, la esperanza llega al límite. Hay una explosión y los dos se convierten en un. Un cerebro, un cuerpo que piensa únicamente en eternizar esa pasión que los ha unido. Parece que todo sea posible más que nunca:

“ La esperanza pasó sobre sus cabezas cual estrella que cae del cielo. Se imaginaban, creían pertenecerse el uno al otro; por primera vez intercambiaron besos decididos y libres y se separaron a la fuerza y con dolor.”²²

Pero la esperanza explota del todo. La muerte del niño cambia todo. Mata, de alguna manera, la inocencia de Otilie, que cada vez va cayendo más en las redes de la culpabilidad. Una culpabilidad que no se podrá resolver con ninguna esperanza anterior de consumir su amor con Eduard. Él, desesperado, sigue intentando que reaccione. Es demasiado tarde:

“ Una vez más le pregunta afectuoso y apremiante si quiere pertenecerle o no. Con los ojos entornados y un delicado movimiento de cabeza hace un tierno ademán negativo.”²³

Aquí comienza el mutismo de Otilie. Ya no hablará más hasta el momento de su muerte., cuando le pide a Eduard que viva. El proceso se ha

²¹ Ídem. Pág. 175.

²² Ídem. Pág. 311.

²³ Ídem. Pág. 332.

cristalizado como lo previsto: Ha habido una admiración hacia la amada, un deseo de placer, se ha construido la esperanza de que el amor pasional se llevara a la práctica y, por último, la esperanza ha estallado, ha explotado para llevar a Ottilie y Eduard a su peor castigo: la resignación de la que tanto habían huido. La esperanza ha sido la copa que con tanto esmero cuidaba Eduard y que, ésta sí, se ha roto en pedazos, como el cristal más frágil. Una copa que no se podrá restaurar jamás.

Amor como quimera

Como quimera entendemos aquello que uno se propone a la imaginación como realizable o verdadero, sin que sea posible. Ya hemos visto que la pasión desenfrenada de Eduard y Ottilie hace construir una esperanza que acaba en tragedia. La novela está llena de quimeras imposibles. La razón de Charlotte y del Capitán sabe distinguir aquello realizable de aquello que no lo es. Pero Eduard y Ottilie están cegados. ¿Están equivocados o son valientes?

No hay que olvidar que toda la novela es un intento de naturalizar el deseo. Un deseo explicado por Goethe desde la intransigente ley de la química que hace que las afinidades no se puedan esquivar. Los elementos actúan como actúan. No se puede hacer nada contra el destino, contra la química aplicada a las pasiones. O sí se puede. Charlotte y el Capitán optan por la resignación. ¿No están cayendo, también, en la trampa de la pasión?

Las respuestas a estas preguntas entran en el fangoso terreno de la interpretación. Lo que queremos hacer a continuación es mostrar como el autor explica el deseo como algo natural a lo largo de toda la obra:

*“...Unas veces se encontrarán como amigos y viejos
conocidos que rápidamente se unen y se juntan sin alterarse
unos con otros, lo mismo que se mezclan el agua y el vino.
Sin embargo, otras se obstinarán en permanecer extraños, sin posibilidades
de unión, aún mezclándolos o frotándolos por medios mecánicos,
lo mismo que el agua y el aceite después de agitados
tienden al instante a separarse de nuevo.”²⁴*

Aquí podemos observar una de las primeras conversaciones entre el Capitán y Eduard sobre las afinidades electivas de los elementos. Los hombres, por tanto, funcionarían exactamente igual. Los elementos que

²⁴ Ídem. Pág. 110.

permanecen extraños a Otilie, por ejemplo, son el personaje del Arquitecto o el del Ayudante del internado que, aunque ellos si se interesan por Otilie como mujer, ella permanece como el aceite al agua. Se separa siempre de todo hombre. Únicamente, sufre, de alguna manera, la afinidad electiva con Eduard.

El Capitán, como veremos a continuación, aclara a Charlotte, que no lo entiende a la primera, qué quiere decir el término afinidad electiva en el campo químico:

“ Hay que ver con atención participativa cómo se buscan mutuamente, cómo se atraen, se aferran, se destruyen y devoran, se consumen y cómo aparecen después, tras la estrecha unión, en forma nueva, renovada e inesperada: entonces es cuando uno confía que son portadores de una vida eterna.”²⁵

Aquí está el problema. La vida eterna La naturaleza humana sus uniones por afinidad electiva, jamás pueden ser de forma eterna. Por eso, el amor romántico tiene siempre esa desesperación como compañera, esa melancolía que, en demasiadas veces, acaba con en tragedia.

Goethe sigue naturalizando el deseo de los humanos. Seguidamente podemos ver cómo el propio Eduard, muy al principio de la novela, ya ejemplifica en los personajes el sistema químico de las afinidades electivas:

“ Tú, Charlotte, representas la A yo, tú B, pues, en realidad, yo dependo solamente de ti y te sigo como la B a la A. La C es evidentemente el Capitán, que, por esta vez, me aleja, En cierto modo, de ti. Es pues, justo que si tú no quieres desplazarte hacia lo incierto, se te proporcione una D, y ésta sería sin duda alguna la amable damisela Otilie.”²⁶

Por ello, consideramos este fragmento como el resumen perfecto de todas la obra. La brillantez de Goethe se pone de manifiesta de una manera sublime aquí. En apenas seis líneas, el maestro alemán avisa al lector de lo que

²⁵ Ídem. Pág. 113.

²⁶ Ídem. Pág. 114.

va a pasar durante la novela, del baile de pasiones del que vamos a poder ser espectadores.

Un baile que, de nuevo, Charlotte no puede controlar pero que intuye de una forma asombrosa. Ella también cae, por supuesto. Y su C, el Capitán, es su elemento afín. La razón es la única que podrá ayudarle a la resignación, pero no podrá cambiar su afinidad, que es algo natural, prácticamente químico:

“ Quise mantenerlo secreto hasta no saberlo seguro; la ocasión me fuerza a desvelarlo. Solamente podré perdonarle y perdonarme si tenemos el valor e cambiar nuestra situación, pues de nosotros no depende cambiar nuestros sentimientos.”²⁷

Estas afinidades electivas que surgen entre los personajes crean, por supuesto, quimeras irrealizables. Pero Goethe radicaliza aún más la situación. El niño que nace de Charlotte y Eduard es un calco del Capitán y Otilie. La mezcla de elementos ha hecho posible uno nuevo: Otto.

“Este niño es el fruto de un doble adulterio”²⁸

Ése doble adulterio al que se refiere Eduard no es más que el proceso químico que siguen los elementos. Es la destrucción de unos con su propia unión para crear otros nuevos. Todo es una cuestión del destino, prácticamente. Se trata de la naturaleza que actúa por ella misma. Por eso, incluso después de la muerte del niño, cuando Otilie ha perdido toda posible esperanza en el amor, cuando la quimera se ve cada vez más claramente imposible, aún funciona la atracción entre ella y Eduard:

“ Continuaban ejerciendo el uno sobre el otro una mutua, indescriptible y casi mágica atracción.”²⁹

²⁷ Ídem. Pág. 168.

²⁸ Ídem. Pág. 310.

²⁹ Ídem. Pág. 336.

*“...No precisaban de una mirada, ni de una palabra,
ni de un gesto o un leve roce; bastaba simplemente con estar juntos.
Entonces ya no eran dos seres, sino uno solo en un
Inconsciente y perfecto bienestar”³⁰*

En definitiva, podríamos decir que el amor entendido como quimera es absolutamente necesario para los amantes románticos, ya que, sufren una especie de necesidad de carácter químico que los obliga, de alguna manera, a permanecer juntos. Que eso sea posible o no es, en realidad, secundario en ese momento. La razón sólo puede entrar aquí si es para aceptar la resignación de que un final feliz no es posible. De nuevo, el baile entre la pasión y la resignación. La lucha contra el destino. La eternidad que no puede ser eterna.

³⁰ Ídem. Pág. 336.

Conclusiones

Para concluir, nos gustaría recordar la aparente paradoja entre la libertad del Yo y la necesidad del otro para realizarse. El romántico reivindica el Yo y su libertad. Pero para ser libre tiene que conseguir la totalidad, la plenitud en otra persona, en su amada. Es una forma de justificar lo sublime de un Yo que le da más importancia, prácticamente, al amar que al ser amado. Esa totalidad requerida es el elemento trágico que le llevará, en el mejor de los casos, a la melancolía y, en el peor, al suicidio. La eternidad del amor pasional no es posible para ningún ser humano por su naturaleza.

La belleza, por otro lado, se basa en la admiración y el deseo de placer. La amada no parece terrenal. Es frágil y angelical. Pero, aunque se sabe de forma inconsciente que no es posible, el romántico lucha por su pasión y crea un palacio de esperanza.

En *Las afinidades electivas* vemos un Goethe científico, maduro que, de alguna manera, no esconde su repulsa por Eduard. Lo describe como a un niño caprichoso que únicamente se mueve por su egoísmo. Pero, a la vez, es un ser que es capaz de amar como nadie, de ver lo precioso de la joven Ottilie, esa niña que parecía mediocre en el internado y que nadie ha reparado en su absoluta belleza. Charlotte, el símbolo de la razón, no ha caído en la ceguera que produce la pasión y que ha enfermado a su marido, pero sufre como nadie. Sufre por la protección que intenta dar, en todo momento, a Ottilie, sufre por su marido y cómo éste se ha ido perdiendo a sí mismo, y sufre porque ha descubierto de nuevo su sensualidad, pero la moral burguesa de la época no le permite de ella.

Por lo tanto, nos encontramos ante una novela repleta de muerte y sufrimiento como conclusión de amores que no han podido ser vividos. Pero también nos encontramos, a la vez, ante una novela que exalta la pasión como

parte del destino, contra el cuál no podemos decidir. La cuestión está, pues, si estamos dispuestos a renunciar, o, simplemente, nos dejamos llevar por la pasión del amor más intenso, más bello, más arriesgado y, por lo tanto, más verdadero.

Bibliografía

FERRATER MORA, J. *“Diccionario de Filosofía”*. Ed. Ariel. Barcelona, 1994.

PRETE, Antonio. *“La pasión de amor y la escritura romántica”*, a Silvia Vegetti (comp), *“Historia de las pasiones”*, 203-234.

VON GOETHE, Johann Wolfgang. *Las afinidades electivas*. Ed. Cátedra. Madrid, 2000.